

Consejo al Gobierno

Hablar Menos, Hacer más

POR LORENZO MEYER

UNA de las tareas del politólogo consiste en explicar e interpretar para el común de los ciudadanos el discurso que emana desde el poder. Ahora bien, resulta que aquí y ahora la tarea del analista político en este campo se ha simplificado al grado de llegar a extremos ridículos. Veamos algunos ejemplos de estos días. Desde las alturas del poder se dijo algo que de ser cierto ni siquiera hubiera sido necesario afirmar: que México no vive dentro de un sistema autoritario. La declaración, en principio innecesaria, puede ser percibida como significando lo contrario, pues la "solución" violenta con que se buscó poner fin al "problema potosino" hace unos días se puede volver a repetir ahí o en otro lugar. También se afirmó desde arriba que el gobierno no restringe ni restringirá la libertad de expresión. Tal declaración se hace justo cuando en San Luis un grupo de periodistas de la televisión acababan de renunciar a sus puestos por considerar que se había ejercido presión indebida para limitar la naturaleza de la información que podían presentar. En fin, si volvemos la mirada hacia atrás, los ejemplos de la incongruencia del gobierno entre lo que dice y lo que hace se pueden multiplicar por centenares en el campo de la economía, la política exterior, etcétera. Da la impresión de que se pretende borrar la realidad a fuerza de palabras.

*

COMO politólogo, pero aún más como ciudadano, deseo fervientemente que el discurso que nace desde las cumbres del poder deje de ser, en la realidad, simplemente lo contrario de lo que se dice. Eso ya no funciona. En México hoy urge que disminuya el golfo que separa al dicho del hecho. Una de las maneras de mantener un mínimo de solidaridad para hacer frente a la crisis que nos golpea, es que la sociedad confíe en lo que dice la autoridad. Sin esa confianza, la fuerza va a ocupar un lugar más importante en la vida política y nadie quiere eso.

Esta demanda quizá tenga algo de utópico, pero no mucho. Desde hace tiempo —demasiado— el poder en México ha abusado, hasta dejarlos vacíos de contenido, de términos tales como: democracia, libertad, justicia social, nacionalismo, independencia, revolución, renovación, representatividad, Estado de derecho, ideología, etcétera. Como resultado de estos excesos, entre nosotros el concepto mismo de política ha perdido casi toda respetabilidad; el grueso de la sociedad lo traduce, casi por instinto, en abuso, irresponsabilidad o politiquería.

Consejo al Gobierno

Sigue de la página siete

A nadie escapa que el lenguaje del político —y esto es válido también para los de la oposición— no busca ni aquí ni en ninguna parte o época ser en primer lugar un instrumento al servicio de la verdad. Al político no le interesa la verdad en sí misma ni la congruencia entre lo que dice y lo que hace, su objetivo básico, por no decir único, es otro: la eficacia. Si el discurso del político es útil como instrumento en la búsqueda y el mantenimiento del poder, entonces ha cumplido con su cometido, no importa que sea falso, demagógico.

Sin embargo, cuando el discurso político se aleja mucho y de manera sistemática de la realidad, como es el caso de México, entonces deja de ser eficaz, es decir, deja de cumplir su cometido. La falta de credibilidad de nuestros líderes es tan grande, que se ha convertido en uno de los obstáculos principales al buen funcionamiento del sistema, de su sistema. En realidad la única credibilidad que les queda es sólo la negativa. En efecto, si alguna autoridad nos asegura que las cosas andan mal o que se cometieron errores, le creemos. Pero cuando su discurso intenta ser positivo —prometer un futuro mejor o justificar lo hecho en el pasado o presente— entonces y de manera automática se le pone en duda.

Así pues, no es sólo por razones éticas o morales sino prácticas que urge que los dirigentes de nuestro país sean más cuidadosos con su lenguaje, que muestren en su discurso un mayor respeto por la verdad, por la congruencia y por la inteligencia de sus interlocutores. El sentido común y el instinto de conservación, deberían haber hecho que en este sexenio de la gran crisis económica se hablara de manera distinta, menos, y se hiciera más. Mencionar menos a la democracia y en cambio llevar a cabo elecciones más limpias. Predicar con más mesura las virtudes de la renovación moral (todos estamos convencidos de ellas) y en cambio hacer que la policía nos proteja más y nos extorsione menos, que los jefes de compras exijan más calidad y menos "gratificaciones", etcétera.

En fin, un buen propósito para nuestra élite política en este principio de un año muy difícil sería que del dicho al hecho hubiera menos trecho, menos ruido y más nueces.